

BIBLIOTECA SELECTA

MIMOS DE NIÑA



15

RAMÓN JOPENA PROVENZA 97 BARCELONA

12 C - 11 bis
60



00040635

APROBACIÓN ECLESIASTICA

VICARIATO GENERAL
DE LA
DIÓCESIS DE BARCELONA

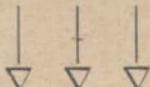
NIHIL OBSTAT
EL CENSOR,
AGUSTÍN MAS FOLCH

Barcelona, 25 de febrero de 1918
IMPRIMASE

EL VICARIO GENERAL,
JUSTINO GUITART

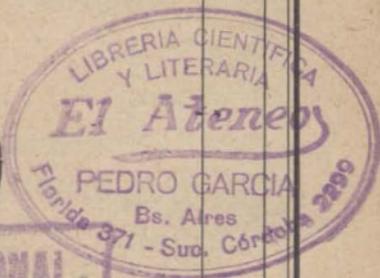
FOR MANDATO DE SU SRÍA.,
RAMÓN M.^a FERRÁN
Vice Canc.

BIBLIOTECA SELECTA



MIMOS DE NIÑA

29.124



BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

BARCELONA

RAMÓN SOPENA, EDITOR

PROVENZA, 93 A 97



Derechos reservados.

MIMOS DE NIÑA

I

El tren marchaba a gran velocidad, con la natural satisfacción de los viajeros que, al acomodarse en el asiento del vaçón, quisieran hallarse ya en el término del viaje.

Entre los viajeros al parecer más impacientes encontrábase un matrimonio que daba muestras inequívocas de extremada inquietud.

La mujer asomábase frecuentemente a la ventanilla y dirigía la mirada hacia la planicie poblada de árboles que, al paso del tren, parecían ejecutar una extraña y misteriosa danza.

El marido era administrador del conde Cisterín. Hombre honrado a carta cabal, el conde había depositado en él toda su confianza.

Todos los afanes, todos los anhelos de Abel Rougán (que éste era el nombre del fiel administrador) iban encaminados a mejorar notablemente las propiedades del conde y a complacer a éste en la rendición de cuentas anuales con un respetable *superavit*: fines que logró siempre, causando la admiración del propietario que, sobre todo, en estos asuntos, era en extremo exigente.

El conde Cisterín remuneraba espléndidamente a Rougán, que pudo crearse un decoroso porvenir comprando algunas fincas, entre ellas una casita con toda suerte de comodidades, en la que habitaba el matrimonio con sus dos hijos, dos ángeles, Elena y Mario.

Rougán había contraído matrimonio con Laura Durea, joven de posición humilde, afable carácter y educación profundamente religiosa. Con esta incomparable compañera y con los dos angelitos

que Dios le había dado, Abel era el más dichoso de los mortales.

Su hermano Juan, encantado a la vista de aquel poético cuadro familiar, no tardó en pedir la mano de Adela, hermana de Laura, encontrando ésta el colmo de sus satisfacciones con esta unión, porque conocía perfectamente las excelentes cualidades de su cuñado.

Y bien ; si Laura era dichosa en el matrimonio y en la familia ; si tenía un esposo y unos hijitos que la adoraban ; si su Abel la llevaba consigo en los pocos viajes que únicamente por asuntos de administración realizaba, ¿ a qué atribuir aquella inquietante zozobra que manifestaba tan ostensiblemente durante el regreso a la capital ?

¡ Ah ! Era víctima de un presentimiento, de uno de esos fenómenos anímicos tan frecuentes que nos hacen gustar la alegría o la tristeza que se deriva de acontecimientos que la mayor parte de las veces no pasan de la esfera de la posibilidad. Quizás su marido pensase lo mismo que ella, pero el rostro de éste permanecía in-

mutable ; y en su gesto y ademanes mostraba una completa tranquilidad. Indudablemente vencíase a sí mismo para calmar algún tanto la agitación nerviosa de su mujer.

Porque él se daba cuenta de todo.

En los periódicos de la mañana había leído que en vista de los rumores acerca de un movimiento revolucionario en el país, contra el poder constituido, movimiento originado, a juicio de los descontentos, por la torpeza administrativa de los gobiernos, iba a decretarse la persecución de los filiados a los partidos políticos que con tan radical medida querían oponerse al desbarajuste nacional.

Y él, Rougán, hombre de orden, de intachable conducta, de honradez acrisolada, amante de su patria, a la que quería floreciente y poderosa, había puesto su firma en la lista de los adheridos al comité del partido de los moderados, cuando unas cuantas personas de buena voluntad, y de esto hacía mucho tiempo, se propusieron formar un grupo de hombres ilustrados, de posición y de carrera, que

podiesen aportar su grano de arena a la reconstitución del país. El fin de Abel no había sido otro que el de apoyar toda causa justa, todo noble anhelo. Estaba, pues, entre los que el gobierno juzgaba revolucionarios.

Rougán había notado la gran preocupación de Laura.

—¿Estás indispuesta?—preguntó cariñoso.

—Siento un molesto desasosiego.

—Supongo que no te preocupará el estado de los niños. Sus cartas son completamente tranquilizadoras. En los colegios respectivos son los alumnos mimados. Los profesores te han dicho que esperan de ellos un examen excelente. Además, dentro de cuatro días estarán en casa con nosotros...

—¡Pobrecitos! Estoy contentísima de su aplicación, satisfecha de su salud, pero... una nube negra, muy negra, se cierne sobre ellos... Tú la adviertes... tú la ves ya sobre ti y sobre mí... ¡y no me dices nada! ¿Crees que aumentarás mis sufrimientos con la verdad? No; al contrario.

Dime tu parecer ; quizás vea yo alguna solución...

—Eres muy buena, Laura. Pero eres pesimista. Yo creo que no pasará nada. No me he significado en política ; no soy agitador ; todos me conocen como hombre de paz y de orden. ¿ Puede ser esto causa de que se me persiga ?

—Pero tu nombre va unido al de los moderados, como va también el de tu hermano. El apellido Rougán es hoy un peligro...

—Dios proveerá. El apellido Rougán está limpio de toda mancha. ¿ Que los hombres cometen una injusticia ? Dios es justo. No temas. El nos salvará...

—¡ Oh ! En El confío, Abel. Que en los hombres...

Y no terminó la frase porque el tren se había detenido en la estación de X., en cuya ciudad debían permanecer los esposos veinticuatro horas, tiempo que Abel necesitaba para efectuar ciertas diligencias relativas a la administración de los bienes del conde.

Aquella mañana, Abel y Laura hallá-



—Dispensen ustedes, señores. Guardamos esta carta desde anteayer. (Pág. 12.)

banse almorzando en el *restaurant-bar* del hotel, cuando el camarero acercóse a ellos con una carta en la mano.

—Dispensen ustedes, señores. Guardamos esta carta desde anteayer. Como los señores no estaban todavía en la casa, ni sabíamos a qué punto reexpedir la carta...

—¡ Es de Juan !—exclamó Laura al ver la letra de su cuñado en el sobre.

—Sí ; de Juan es. Como sabía que anteayer debíamos llegar a X...

Abel rasgó el sobre, aparentando perfecta ecuanimidad, desdobló el pliego y leyó lo siguiente :

«Mis queridos hermanos : Permaneced en X. hasta que vuelva a escribiros o... hasta que yo vaya. No os preocupen los pequeños. Pasado mañana regresarán del colegio. Sus exámenes brillantísimos. Ambos vienen con premio, según escriben hoy. Ya sabéis que Adela y yo cuidaremos de ellos, o, en todo caso, Adela es bastante. Vuestro hermano,

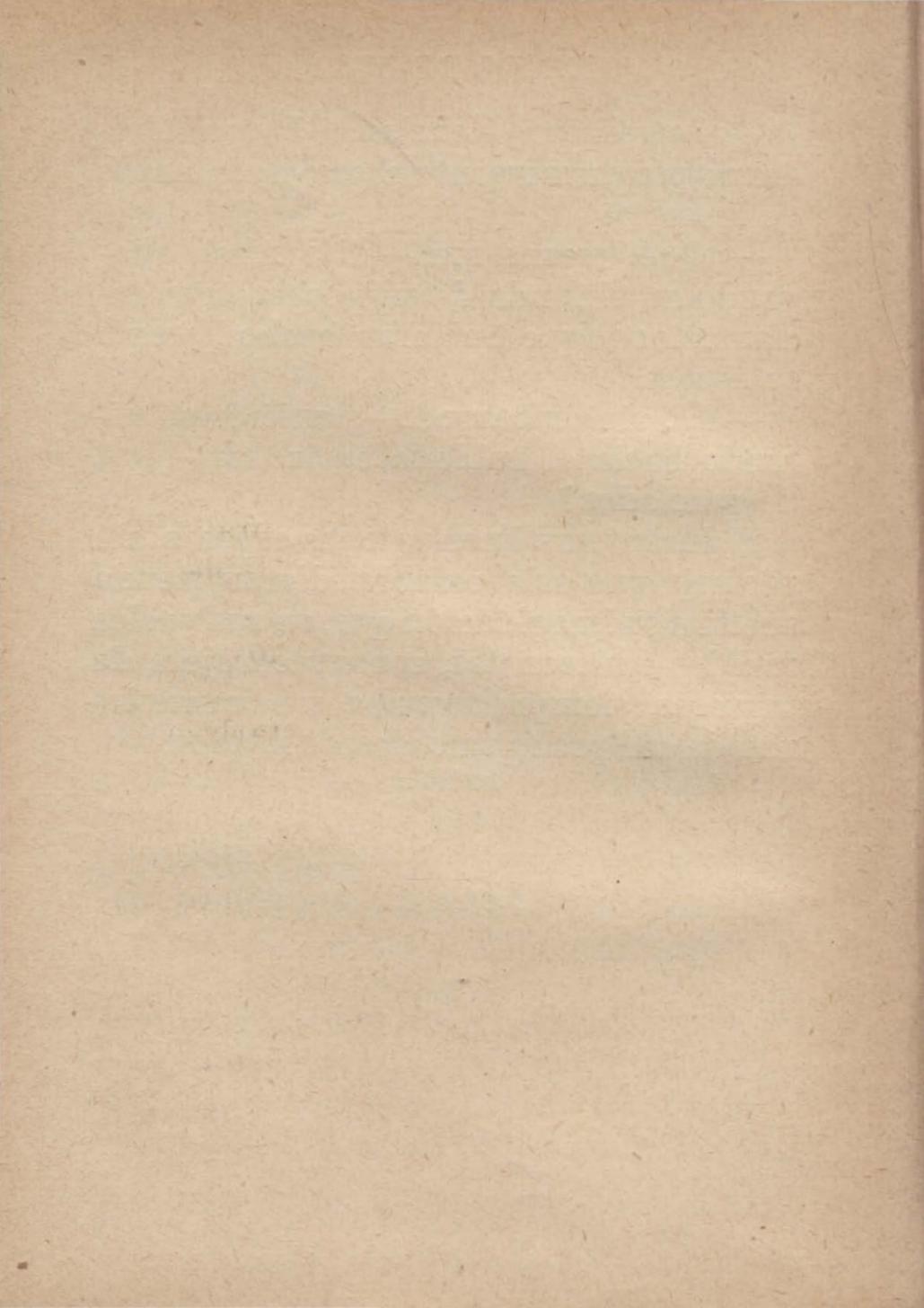
»JUAN.»

—¡Angelitos! — exclamó Laura, olvidando por un momento el grave contenido de la carta.

—¡Qué buenos son!—dijo Abel, ahogando en el fondo de su pecho otras exclamaciones que hubieran hecho llorar a su esposa.

—Y... sin embargo...—siguió ésta, mirando hacia el nublado horizonte—¡qué desgraciados!

Y durante un buen rato los esposos, sin proferir una sola palabra, dieron rienda suelta a su imaginación que, en sus vuelos rápidos e incesantes, como mensajera de tristezas, siempre tornaba con impresiones de un pesimismo desconsolador.



II

No es mi intento apesadumbrar a los jóvenes lectores con el desagradable relato de los innumerables episodios a que dió lugar la sola sospecha de un movimiento revolucionario en la nación.

Tampoco pensamos molestarles con disquisiciones enojosas, pero que aquí vendrían como anillo al dedo, acerca de la política.

Ya sabemos que ésta no tiene entrañas, y que con pretexto de ella se cometen los más abominables atropellos.

Si la política no hubiera degenerado, es decir : si los hombres se hubiesen ajustado a la definición de ella, *peritia gubernandi Rempublicam*, sería como una ban-

dera de combate que arrastraría en pos de sí a todos los hombres de buena voluntad.

Los políticos la han prostituído haciendo de ella, en vez de fuente de riquezas para las naciones, mina de oro para ellos mismos. Y así, un moralista ha definido al *político* a la moderna diciendo de él, que es *un animal racional que sirve a Dios, pero sin ofender al diablo*.

Si este moralista viviese hoy, seguramente modificaría la definición.

Piensen los jóvenes que de ellos dependerá que la patria progrese o retroceda, triunfe o vuelva a la nada. Dedicuen todas sus energías a lograr el resurgimiento del país. Apoyen siempre las causas nobles y santas. Y tengan presente que la multiplicación de los partidos, originada la mayor parte de las veces por las ambiciones personales, ocasiona la ruina de una nación.

Cuando ésta es floreciente no debe haber en ella más que un partido : el de los que sostengan y aumenten su crédito.

Y dicho esto para justificar la brevedad del relato en su aspecto político, sigamos



La despedida de los esposos fué verdaderamente sentimental. (Pág. 21.)

contando lo que a la familia Rougán se refiere.

El conde Cisterín se vió amenazado con represalias si continuaba manteniendo en su puesto al administrador.

De nada sirvió que el prócer invocara la rectitud de su hombre de confianza y su ninguna ingerencia en el sospechado y temido movimiento. Los Rougán habían pertenecido siempre a los moderados y eran tenidos como peligrosos en aquellos momentos.

El conde, pues, se vió obligado a escribir a Abel notificándole lo ocurrido.

Juan fué quien recibió la carta del conde, al mismo tiempo que una confidencia de unos amigos para que los dos hermanos se pusiesen a salvo.

Bajo esta impresión escribió a Abel la carta que antes hemos copiado.

Y como la persecución, en lugar de ceder, iba en aumento, y esto había soliviantado el ánimo de gran número de ciudadanos, las medidas de represión fueron cada vez más severas, y pronto se decretó la detención de todos los sospechosos y el embargo inmediato de sus bienes.

Juan, que supo todo esto a tiempo, partió *incontinenti* en dirección a X. dejando a Adela encargada del cuidado de Mario y Elena, a quienes daría, en cuanto llegasen, una tranquilizadora explicación de la ausencia de sus padres.

La impresión que el relato de tantas iniquidades causó al matrimonio, fué indescriptible.

Nada temían por sí mismos los esposos.

¡ Pero sus hijos ! Aquellos encantadores niños eran su única preocupación.

¿ Qué iba a ser de ellos ? ¿ Qué pensarían cuando se diesen cuenta de la desgracia ?
¡ Si hubiesen sido mayores !

Sin embargo, su salvación estaba precisamente en esto : en ser jóvenes. Pero esto no podían verlo sus padres en aquellos momentos de angustioso dolor.

Con la llegada de Juan, el cuartito del hotel, tan elegante y alegre, parecía entonces una cámara mortuoria.

Los dos hermanos decidieron tomar el primer tren que pasara en dirección a la frontera antes de que se descubriese el pa-



Destocándose frente al espejo... (Pag. 20.)

radero de ellos y llegase a X. la orden de detención.

Laura volvería a la capital y haría frente a los acontecimientos.

Mujer pusilánime y pesimista, empezó con cierto temblor a hacer sus preparativos de viaje.

Como estaba vestida para salir a la calle en compañía de su esposo, y el tren en que ella había de marchar arribaría pronto, lo primero que hizo fué despojarse de su traje de paseo y colocar en sus respectivos estuches las joyas que llevaba puestas.

Destocándose frente al espejo, Laura, al ver en la palidez de su cara retratado el apocamiento, e igualmente en la melancolía de sus ojos, sintió la vergüenza de la cobardía. Entonces surgió repentinamente en su pecho el valor : que una esposa y madre, cuando se trata de afrontar peligros y situaciones críticas, es resuelta como un hombre, y muchas veces ¡ más que el hombre mismo !

¿ No había pasado su juventud trabajando ? ¿ No había hecho frente, mientras

fué soltera y huérfana de padre, a las múltiples necesidades de la casa ?

Pues del mismo modo que mantuvo a su ancianita madre con los únicos recursos del trabajo, mantendría ahora a sus hijos.

¡Aun era joven! ¡Aun le quedaban fuerzas más que suficientes para vencer!

¡Y vencería!

La despedida de los esposos fué verdaderamente sentimental.

Abel mostró entonces ante su esposa ser el vencido por la tristeza.

¡Idolatraba tanto a Laura! ¡Era tan intenso el amor a sus hijos!...

En el adiós final ; cuando crujió el viejo maderamen de los coches y chocaron los férreos topes al brusco tirón de la resoplante locomotora, como si el convoy, chillando malhumorado, protestase de ser instrumento de una tan injusta separación, Abel y Laura, como dominados por una misma idea e idéntico anhelo, ya que no con palabras, dijéronse con los ojos :

—¡Hasta luego!...

—¡Hasta luego!...

III

Entretanto, Elena había llegado del colegio satisfechísima, con las notas más elevadas en todas las asignaturas y con el diploma correspondiente al primer premio en el estudio del piano.

¡ Ah ! Lo que es Mario no había de superarla en música ; Mario tocaba el piano primorosamente, pero ella le aventajaría. ¡ No faltaba más !

Mario, además, tocaba con bastante soltura el violín.

¡ Qué importaba eso ! Ella aprendería a tañer el arpa. Y cuando Mario oyese los dulcísimos sonidos de este mágico instrumento, rabiaría de celos.

¡ Qué sorpresa pensaba darle ! ¡ Ah ! ¡ Y aún le guardaba otra !

Su profesor habíala preparado para ganar el premio enseñándole a tocar una preciosa sonata, difícilísima, que había sido la predilecta de la princesita Emma, tanto, que horas antes de morir pidió al príncipe, su padre, que un buen músico ejecutase al piano, en su cuarto de enferma, tan linda composición.

Titulábase esta «Mimos de niña».

¡A que no sabía tocarla Mario? ¡Qué gusto! ¡Aventajar a su hermanito!

Cuando estaba en su gabinete entusiasmada con estos para ella innegables triunfos sobre Mario, fué interrumpida por la entrada de su tía Adela.

—Elenita—díjole—, voy a salir. En casa queda la cocinera. A ver si eres buena, ¿eh? Dame un besito...

—Parece que has llorado...

—¿Por qué iba a llorar, criaturita?

—¿Cuándo vienen los papás?

—Ya te dije que los espero de un momento a otro.

—¡Qué picarones! En cuanto vengan les voy a decir... Pero no; no les diré nada. Les daré muchos, muchísimos besos.

También yo estoy largo tiempo fuera de casa y ellos no me riñen cuando llego... ¡ me comen a besos ! Oye : ¿ cuándo viene Mario, por fin ?

—Ya te lo dije antes, chiquilla. ¡ Qué memoria tan flaca la tuya ! Llega mañana en el primer tren. ¿ Te acordarás ?

—Tienes razón, Adela ; me distraigo demasiado y olvido por esto cosas tan importantes. Perdóname ¡ Tengo unas ganas de verle para... !

—¿ Para qué ?

—Ya te contaré, ya te contaré. No quiero que pierdas ahora el tiempo con mis niñerías... ¡ Adiós y... vuelve pronto ! Ya sabes que soy muy miedosa... ¡ ja, ja, ja !...

Elena quedó en su gabinete entregándose de lleno por segunda vez a la plácida e inocente consideración de las sorpresas que daría a su hermanito en cuanto llegase.

¡ Nueva interrupción ! Ahora no era la entrada de Adela, sino el tintineo de la campanilla del pasillo. Llamaban repetidamente a la puerta.

¿Dónde estaría Sergia, la cocinera? Seguramente en el jardín.

Y Elenita no sabía qué hacer: si abrir o no. Pero... ¿no hacía un momento que se había reído del miedo?

¿Miedo ella! ¿A qué? ¿A quién?

Y, decidida, sin más reflexionar, abrió la puerta de la habitación.

—¿Se puede pasar? — carraspeó un hombre ventrudo que, al ver a Elenita, se quitó el sombrero de copa, un sombrero rancio, grasiento y pelado, que tan mal sentaba en aquella cabeza inmensamente voluminosa.

—Adelante, caballero—contestó con alguna timidez Elenita.

Y como si el hombre grueso fuese un dique de contención, al dejar él libre la puerta se precipitaron a través de ella un sinnúmero de visitantes en confuso tropel.

Elenita, un tanto asustada ante aquella avalancha humana, pero al mismo tiempo tranquila por la seguridad de que nada malo podía ocurrirle precisamente porque los hombres eran muchos, rogó a to-



—Soy su hija. Mis papás están fuera de la capital.
¿Qué desea usted? (Pág. 28.)

dos que la siguiesen al recibidor. En la puerta no era prudente detenerles.

—¿Don Abel Rougán?

—Soy su hija. Mis papás están fuera de la capital. ¿Qué desea usted?

—Soy el carnicero que sirve a la casa, y vengo a cobrar la cuenta pendiente...

—Y yo—se apresuró a decir otro de los presentes, sin dar lugar a que la niña contestase al primero—, traigo la cuenta de la zapatería...

—Y yo...—empezó a decir otro de los sujetos...

Pero Elenita interrumpióle, diciendo:

—Señores: ustedes se darán cuenta de que yo no puedo pagar las facturas sin que mis papás las acepten y ellos me lo permitan. Probablemente estarán aquí, de regreso, mañana. ¿Serán ustedes tan amables que esperen su llegada?

—¿Su llegada?...—interrogó el carnicero irónicamente—. ¿No es esto una broma de la señorita?

—¿Broma? ¡Cómo! ¿Creen ustedes que una señorita puede ser capaz de bromear

con personas que ni siquiera conoce? Les suplico que vuelvan mañana...

—¡Mañana!—exclamó con sonrisa de incredulidad el zapatero.

—Estábamos en lo cierto—siguió el sastre—. Aquí no cobramos un céntimo. Trabajo perdido...

Y fueron saliendo de la estancia refunfuñando, no sin haber dirigido a la niña miradas de rabia, de ira y de compasión.

Elenita cerró la puerta, prometiéndose a sí misma no volver a hacerlo ella sola, corrió a su gabinete, y allí, recostada en un diván, desahogó su pecho llorando en abundancia.

¡Qué misterio encerraba aquella presentación de facturas? ¡A tal extremo de pobreza o de descrédito habían llegado sus padres? ¡Ah! ¡Quién sabe si su ausencia obedecía a la realización de gestiones para ganar lo necesario para la vida!

Porque huir... como habían insinuado malévolamente los pequeños acreedores... eso... ¡no!

IV

La noticia publicada en *El Alabardero*, periódico gubernamental, acerca del embargo de los bienes de los Rougán, produjo su efecto inmediatamente.

Todos los acreedores, si así podían llamarse con justicia los artesanos y comerciantes que a fin de mes presentaban sus cuentas en el despacho de Abel Rougán con la seguridad de que habían de cobrarlas, porque jamás se dió el caso de devolución de facturas, se dirigieron a la casa del perseguido *moderado* para reclamar el inmediato pago de cantidades insignificantes, sobre todo comparadas con las de otros meses, pues se trataba de compras

hechas en la primera decena de aquel mes.

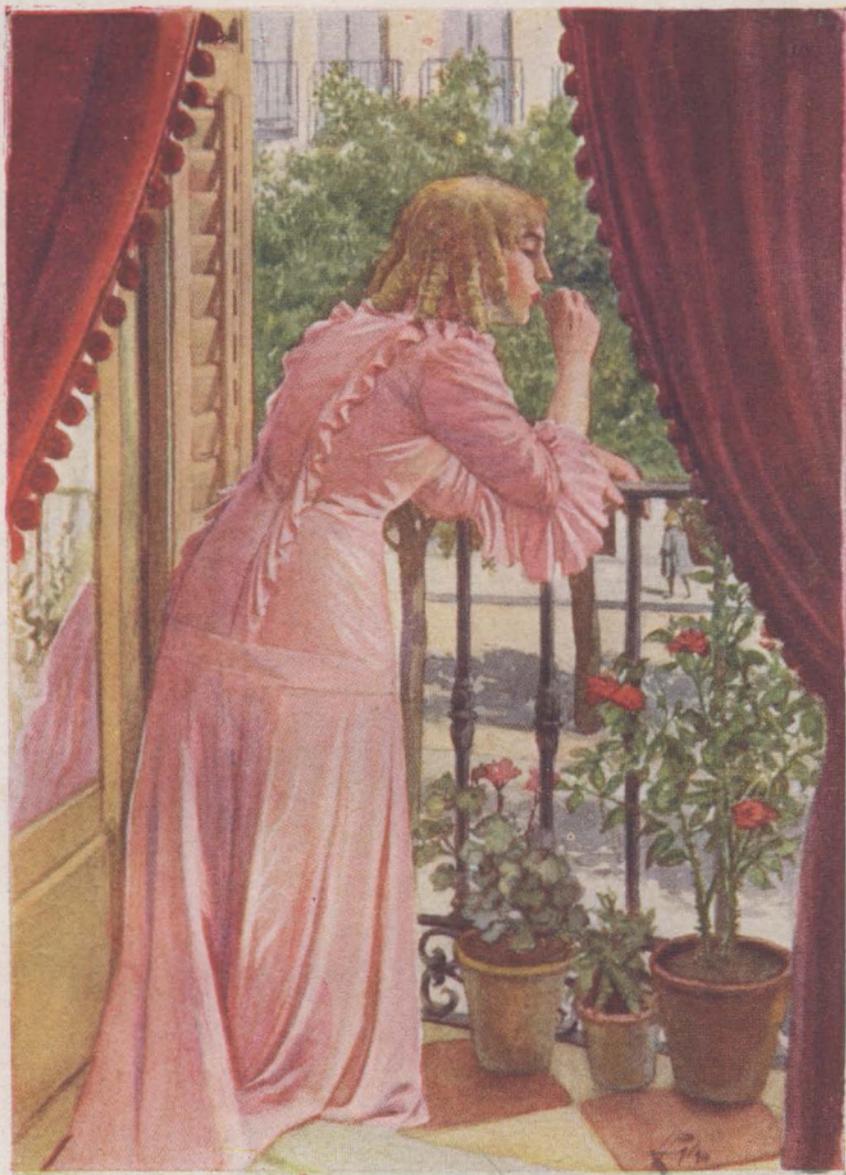
¡Y después de las pingües ganancias que Rougán les había proporcionado durante largos años de cliente ideal! ¡Y sabiendo que una sola de las joyas de la señora era suficiente, mal vendida, para pagar los gastos, no de un mes, sino de todo un año!

Pero el mundo es así. Adulador, esclavo de los que suben o que considera en posición elevada. Inhumano, cruel hasta el ensañamiento con los que juzga caídos.

Por las grietas de una casa en ruinas asoman la cabeza los transeuntes, no para condolerse de la desgracia y ofrecerse a remediarla, sino para satisfacer la insana curiosidad observando íntimos detalles que lanzan luego a la voracidad de la fiera murmuración.

En vez de reponer en su sitio las piedras caídas, procuran arrancar otras para que la quebradura sea mayor y más pública la ruina.

No hay que extrañar, pues, que los acreedores lanzaran a los cuatro vientos



Elenita le esperaba en el balcón desde donde mandó un puñado de besos... (Pág. 33.)

la noticia referente a los Rougán antes de haberla comprobado, más aún : antes de poder fundarla en una sospecha formal, y que esta noticia circulase con rapidez por la capital causando no poca alegría entre los envidiosos que, como en muchas partes, formaban allí legión.

Cuando Adela volvió a casa y Elenita refirióle lo ocurrido, explicó el suceso en la mejor forma que pudo. Pero Elenita, aunque no replicó, no quedó convencida. Aquello era realmente misterioso.

Durante la noche durmió poco. Su pensamiento estaba puesto en la llegada de Mario y de los papás.

El primer tren arribaba a las seis de la mañana, a cuya hora Elenita hallábase vestida y arreglada, y hasta había ensayado tres o cuatro veces «Mimos de niña» para no perder la facilidad en la ejecución.

Y llegó Mario. Elenita le esperaba en el balcón desde donde mandó un puñado de besos a su hermanito cuando le vió venir en compañía de la cariñosa Adela.

Después... ¡oh! después prodigóle to-

das las caricias de que es capaz una hermana que idolatraba a su hermano.

«Mimos de niña» podía muy bien haberse titulado aquella escena de amorosa expansión.

Y a fe que la partitura era mil veces más inspirada que la escrita para el piano, con ser ésta tenida como inimitable.

Serenados los ánimos, los hermanitos tomaron juntos el desayuno.

Y allí, solitos, hablaron un rato de sus días de colegio, de las notas, de los progresos hechos... ¡de mil cosas, atropelladamente! Hasta que, cambiando de conversación y de tono, Mario preguntó a Elenita :

—¿ Y no tienes más que decirme ?

—¿ Te parece poco ? ¡ Si casi no te he dejado hablar !

—Bien ; eso es propiedad evidentemente femenina, rico e inagotable tesoro de mujer...

—¡ Gracias ! — contestó irónicamente Elenita.

—Me refiero a los papás... a todo esto que pasa... a este misterio...

—¡ Ah ! ¡ Pero... sabes algo ?

—Bastante para estar inquieto.

—Explicame... Di... lo que sepas—dijo Elenita apenada.

—Quizás te asustes: Las niñas tenéis más corazón que entendimiento... No muevas la cabeza, no; ya sé que tenéis sutil, poderosa inteligencia; pero predomina en vosotras el corazón...

—¡ Chico ! Vienes cambiado... Te aseguro que en mi colegio no hemos estudiado esas... filosofías.

—Pues bien; los jóvenes, y sobre todo los que ya nos acercamos a hombres de verdad, procuramos desarrollar la inteligencia para que domine al corazón. No para que lo anule, pues la vida sin sentimientos sería el gran desierto, sino para que regule con la prudencia del mando los impulsos del corazón.

—Mira; si te empeñas en deslumbrarme con ese discurso que te habrás aprendido de memoria, verás cómo te achico yo sentándome al piano.

—¡ Ves cómo te domina... !

—Sí; la rabieta.

—Pues, chica, toma un poquito de tila y... ¡adelante! ¡Me prometes que no gritarás? ¡que no te asustarás?

—¡Cómo voy a asustarme si ya lo estoy? Eres tú quien me das miedo con estos preámbulos.

—Bueno. En el tren he oído que nuestro padre...

—¡Qué! ¡Habla! ¡Pronto!...

—Está preso...

—¡Preso!—gritó, alarmadísima, Elenita—. ¡Pobre papaíto!

—¡Lo ves? Ya has gritado. Ahora acudiré Adela, y...

Pero no; Adela estaba lejos y no oyó nada.

—¡Y la mamá?

—La mamá vendrá hoy mismo, según dice Adela. No lo he dicho todo aún. En el tren decían también los viajeros, ignorando que prestaba atención uno de la familia, que se ha dado orden para que sean embargados los bienes y propiedades de papá.

—¡Ave María Purísima! ¡Y nos quedaremos sin casa, sin piano y sin jardín!

— ¡ Y sin comer !

— Esto de «sin comer» impresionó a Elenita algo más que la consideración de que ya no tendría jardín ni piano. Era lo que ella había sospechado el día anterior.

— Pues bien, Mario ; para que veas que mi cabeza lleva las riendas de mi corazón... que también yo sé que el entendimiento es como un cauce y los sentimientos como las aguas que por él corren, y que si hay mucha agua y el cauce es estrecho, aquélla se desborda e inunda los campos... voy a darte una triste noticia que me había guardado por no asustarte. ¿ Te asustarás ?

— Te aseguro que no.

— Ayer se presentaron en esta casa, a cobrar, todos aquellos a quienes los papás deben alguna cantidad. ¡ El zapatero ! ¡ El carnicero ! ¡ El sastre ! ¡ El que trae los periódicos !... Y... Pero... ¡ has palidecido ! ¡ Qué valiente ! No, no ; no prosigo.

— ¿ Palidecer ? ¡ Claro ! Pero no es de miedo : es de... ¡ coraje ! Eso es un insulto. ¿ Acaso no tiene crédito suficiente nuestro padre para evitar que le molesten

por deudas que, juntas todas, no llegarán a mil pesetas?

—El crédito, según he oído varias veces, se adquiere tras largo tiempo de labor y honradez, y se pierde en un segundo. Es algo que presta el mundo como gracia, a pesar de exigir méritos para ello. Y como lo da lo quita, lo arrebatá.

—¿De modo que estamos arruinados?

—Así lo creo.

—¿Y tú estás dispuesta a ayudarme a levantar sobre las ruinas de esta casa una morada sencilla, pero altiva, con altivez cristiana, de hidalgos que trabajan y no mendigan?

—Estoy a tu disposición.

—¿Has oído?... Llaman a la puerta...

—Sí, sí... ¿oyes?... ¡La voz de mamá! ¡la voz de mamá!

Y los jóvenes echaron a correr precipitadamente empujando y derribando al suelo las sillas en que estaban sentados.

Laura llevaba retratada en el rostro la más desoladora amargura.

Por mucho que quiso ocultar sus pesares no pudo lograrlo. Eran tan enormes

que, no cabiendo en el pecho de una mujer, esposa y madre, tenían que salir al exterior.

Mario y Elenita, al ver que su mamá llegaba sola y triste, se dieron cuenta más exacta de la realidad. ¿El papá? Había emprendido un viaje largo, muy largo; pero estaba bien de salud y mandaba muchos besos para sus hijitos.

Ya escribiría de cuando en cuando *si* sus ocupaciones se lo permitían.

Y como papá tenía necesidad de hacer cuantiosos gastos, ella y sus hijos debían reducir los suyos, vestir con gran modestia, alimentarse con lo estrictamente necesario, sacrificar gustos y caprichos y... ¡quién sabe si vender alguna cosilla!

Ella trabajaría para que nada faltase a sus hijos. Siendo joven había trabajado mucho. Ya tenía ahora costumbre de hacerlo.

Mario y Elenita oían atentamente a su mamá y entendían perfectamente el significado de aquellas tiernas palabras que destilaban miel a pesar de salir de un corazón rebosante de amarguras.

Besaron a su mamá y se retiraron a sus habitaciones.

Mario no hizo más que entrar en la suya, pues en cuanto se cercioró de que Elenita estaba ya en su gabinete, salió de puntillas dirigiéndose al en que había quedado su mamá.

Esta hallábase sentada en un sillón, en actitud de meditar profundamente.

Al ver entrar a Mario resueltamente, modificó cuanto pudo su expresión de tristeza.

—¿Necesitas algo, hijo mío?

—Sólo una cosa, querida mamá : hablar contigo.

—Pero vienes muy grave...

—Tan grave como la situación. No te esfuerces, mamá, en ocultarnos la verdad. Lo sabemos todo.

—¿Todo?

—Sí, mamá ; todo. Papá está preso...

—¿Ves, hijo mío, cómo no lo sabes todo? ¿Quién te ha contado eso?

—Lo oí en el tren.

—Quien lo dijo estaba equivocado. Tu



No te esfuerces, mamá, en ocultarnos la verdad. Lo sabemos todo. (Pág. 40.)

papá no está preso. Es decir: como no sea...

—¡Qué!

—Que, al emigrar, le hayan apresado. Pero hace dos horas que nos separamos y ya debe estar más allá de la frontera.

—¡Emigrado! De todos modos... ¡alejado de nosotros!...

—Sí, hijo mío, alejado de nosotros...

—¿Traes dinero, mamá?

—¿Para qué lo quieres, Mario?

—Han venido a cobrar las facturas de la zapatería, carnicería y... no sé qué más.

—¡Qué desgracia la del caído!

—¡Caído! ¿Y por qué?

—Porque embargan nuestros bienes y nos quedamos en la calle... ¡en la calle!

Y Laura rompió en amargo llanto.

Mario se acercó a su madre y la besó cariñosamente.

—Mamá, mamá... ¡que papá no ha muerto! No llores...

—¡Hijitos míos!

—Tampoco por nosotros debes llorar. ¡No te lo consentiremos! Elenita y yo no somos unos niñitos; somos ya... casi un

hombre y una mujer. ¡Qué digo *casi*? En esta ocasión yo me considero un hombre hecho y derecho y Elenita una mujer que nada teme. ¡Como que ha hecho frente a los acreedores! ¡Cocos a ella! ¡Ni todas las fieras del mundo!

—¡Pobrecita! ¡Qué sorpresa tan desagradable!

—En fin, mamá; dejemos aparte los sentimentalismos y vayamos serenamente a lo principal. Elenita y yo tenemos medios para salvar la situación.

—¡Y qué vais a hacer?

—Esta tarde lo acordaremos. Yo ya lo he pensado. Ella terminó sus estudios de piano, y yo los de violín. Ella ha venido con su premio de honor; yo con el mío. ¡Crees que esto no sirve para nada? Además, Dios no abandona a los que le aman. Que Dios nos dé suerte, y... ya verás, ya verás...

Adela entró entonces con una carta para su hermana.

Era de la condesa de Cisterín.

Entre otras cosas decía lo siguiente:

«Nunca hemos dudado de la honradez

de ustedes, al contrario : tanto el conde como yo tenemos formado un elevado concepto de su honorabilidad. Y si las fatales circunstancias nos privan de los incomparables servicios de vuestro esposo, y si el rigor de las leyes deja a ustedes temporalmente sin medios de vida, nuestra gratitud nos obliga a atenuar en lo posible los efectos terribles de ese rigor. Bien querríamos tener a ustedes a nuestro lado ; pero esto es imposible por ahora. Sería la ruina de todos. En este momento escribo a mi prima, la marquesa del Castillo, rogándole que admita a usted como dama de confianza. Preséntese en su palacio ; que ruegos míos son para ella mandatos que cumple con sumo gusto.»

—Tienes razón, hijo mío—dijo Laura después que hubo leído la carta—, Dios no abandona a los que le aman.

—¿ Y vas a aceptar ? ¿ No tienes confianza en Elenita y en mí ?

—La tengo, hijo mío, e ilimitada ; pero mañana... tendremos que salir ya de esta casa. Entrando yo en la de la marquesa,

¡quién sabe si alcanzaré un cuartito para los cuatro!

—Lo que quieras, mamá; pero la vida... el sustento... eso queda por cuenta nuestra. Ve a visitar a la marquesa del Castillo; pero no le pidas más que un cuartito ¿oyes? sólo un cuartito.

Y cuando Mario, después de dar a su mamá los besos de despedida, marchó a conferenciar con Elenita, por el rostro de Laura rodaron unas lágrimas reveladoras de la emoción que le produjo la valiente actitud de sus hijos ante la desgracia.

V

—¿Te atreverías a dar conciertos en mi compañía, Elenita?

—Yo haré lo que me ordenes, Mario.

—Pues mira ; voy a visitar al empresario del Royal, buen amigo de papá. Estoy seguro de volver satisfecho de esta visita. Hasta luego, Elenita.

Mario salió de casa encontrando en la suya al señor Buendía, el empresario.

Este señor quedó admirado de los buenos propósitos del hijo de su íntimo amigo Rougán. Pero... ¿acompañarían a los buenos propósitos las aptitudes? Como número sugestivo en un programa del Royal... muy bien.

LOS JÓVENES Y MARAVILLOSOS CONCERTISTAS
ROUGÁN.

La cuestión principal era el éxito. Haría una prueba antes de comprometerse. Que ensayasen en presencia suya.

Mario aceptó de buen grado la condición. Ya se había figurado que tendría que hacerlo.

Cuando volvió a casa dió un apretado abrazo a Elenita.

—¡Estamos salvados!—le dijo—. Esta noche es la prueba. Hay que ensayar algo.

Y empezaron a elegir las composiciones musicales.

Y transcurridas dos horas ya tenían elegido y ensayado el repertorio para la prueba.

Laura quedó pasmada cuando, a su vuelta del palacio de la marquesa, oyó de labios de Mario lo ocurrido.

Por su parte, Laura venía satisfechísima. Ella desempeñaría el cargo de ama de gobierno. Adela sería camarera de la marquesa, y en el palacio había habitación para todos. ¡Hasta dos lindos gabinetes para Mario y Elenita!



Y empezaron a elegir las composiciones musicales.
(Pág. 48.)

Al día siguiente verificaron el traslado, después del cual la casa de los Rougán quedaba sellada de orden del juez.

Elenita no había salvado su piano, pero... ¡ Mario tenía en el Royal su violín !
¡ Y toda la música !

¡ Piano ? Ya tenían uno cada uno en sus respectivos gabinetes del palacio de los marqueses. ¡ Como si estos buenos próceres hubieran adivinado sus aficiones !

El señor Buendía vió un excelente negocio en los jóvenes concertistas y les contrató para ocho conciertos. ¡ Ocho llenos en el teatro !

Mario y Elenita pasaban el día ensayando primores que por la noche arrancaban de los concurrentes al Royal clamorosas ovaciones.

Además, Mario dedicaba algunos ratos a la composición de una obrita que titularía «El emigrado».

Sentado al piano, con la vista fija en algo que nadie más que él distinguía y que seguramente era la figura de su amado padre, triste en un lugar lejano e ignorado, pensando en su esposa y en sus hi-

jos, llorando quizás por creerlos en situación angustiosa... Mario deslizaba sus ágiles dedos por el teclado del piano arrancando a las metálicas cuerdas quejidos de angustia, ayes de pena y expresivas frases de amor.

Adela, al oírle, dejaba un momento su trabajo, abría quedamente la puerta del gabinete y contemplaba a Mario en uno de esos a manera de misteriosos arrobamientos en que el joven recibía el mágico soplo de las inspiradoras musas.

Laura, cuando se encerraba en su cuarto, lloraba de emoción y daba gracias a Dios por haberle dado aquellos ángeles dotados de tan varonil resolución y de tan excepcionales dotes artísticas. Y la emoción y el entusiasmo alcanzaban su mayor intensidad cuando leía las reseñas escritas por los críticos musicales para dar cuenta de los conciertos celebrados. ¡Qué de elogios para sus hijos! Si no hubiera sido por la ausencia de su esposo, habría dado gracias a Dios por haberles puesto en un trance tan difícil. ¡Cómo, a no ser por la negra perspectiva de la miseria, hu-



Sentado al piano, con la vista fija en algo que nadie más que él distinguía... (Pág. 49.)

bieran logrado sus hijos tanta gloria y renombre?

La marquesa del Castillo llamó un día a Laura para decirle :

—He leído estos días los elogios que tributa la prensa a unos concertistas apellidados Rougán. ¿ Son, acaso, parientes suyos ?

—¡ Son mis hijos !

—¡ Sus hijos ! ¡ Y no me lo había dicho usted ! ¡ Ah ! Es un pecadillo que no puedo perdonarle.

—Señora marquesa... ' pídale mil perdones... yo sospeché que la señora sabía...

—No sabía nada. Tanto es así que ya he hablado al marqués para que sus hijos den un concierto en este palacio el día de mi cumpleaños. ¡ Y pensar que ya teníamos en casa a esos portentos !

—Gracias, señora marquesa... ' Tanto mis hijos como yo nos honraremos mucho complaciendo de la mejor manera que podamos, a nuestros protectores.

—Hágame el favor de comunicar a sus hijos mis deseos. Entre tanto, voy a pre-

pararlo todo. Quiero que la fiesta revista el mayor esplendor posible.

El marqués experimentó satisfacción inmensa cuando supo que los célebres artistas eran los jóvenes a quienes había acogido en su palacio. ¡Quién lo hubiera creído! ¡Eran tan modestos y tan humildes, que bajaban la vista cuando él pasaba delante de ellos! ¡Y eran unos artistas de primera fuerza!

El marqués mismo dió el encargo a los dos jóvenes músicos de preparar el programa para mandarlo cuanto antes a la imprenta.

Y ya tenemos a Mario y Elenita pensando qué composiciones serían más a propósito para la gran fiesta.

—Tengo una idea...—dijo Elenita—. ¡Si tú supieras tocar «Mimos de niña»!

—¿Y quién te ha dicho que no sé? ¡Poco que me aplaudían mis compañeros de colegio cuando la tocaba!

—¡Oh! Pero creo que lo haré mejor yo...

—¡Lo veremos!

—Fué el tema con que gané mi premio de honor...

—No importa ; si mi tema de oposiciones hubiera sido ése, lo mismo ganara yo el premio con mi violín.

—¡ Y yo que quería darle una sorpresa !
—dijo para sí Elenita. Y después en alta voz :

—Mejor que mejor, Mario. Porque... ya sabes cuánto gustaba de oírla la princesita Emma...

—Murió ya la pobrecita...

—Lo sé ; pero... ¡ y si asistiese su papá al concierto ? ¡ No has pensado nada acerca de esto ?

—No se me ocurre nada.

—Pues bien ; ya sabes que el príncipe Roberto es el *factotum* de la presente situación. Si asistiese a la fiesta y le impresionásemos agradablemente en el concierto...

—¡ Qué buena eres, Elenita ! ¡ Y qué ingeniosa ! Me has vencido... Has visto más que yo en esta ocasión... Sí ; le pediremos una gracia...

—Eso es. Una gracia.

—Y daremos una sorpresa a mamá...

—Sí, sí; ¡la más agradable de las sorpresas! ¡Tanto como me gusta darlas! De modo... que ponemos en el programa «Mimos de niña», ¿verdad?

—Sin duda alguna. ¿Quieres que pongamos también «El emigrado»?

—¿Qué *emigrado*? No tengo noticia de semejante composición.

—Yo sí; la he oído tocar, la he tocado y...

—¿Pero quién es el autor de ella?

—Y... ¡la he compuesto!—terminó Mario.

—¿Tú?

—¡Yo!

—Me has vencido. ¡Tú, compositor!

—Mira, Elenita; aquí no hay ya vencedores ni vencidos entre nosotros. Los dos juntos triunfaremos contra la desgracia.

—Pues... ¡A ensayar!

—¡A ensayar!

Y durante ocho días, los jóvenes artistas dedicaron sus energías al ensayo de las composiciones incluídas en el programa que ya habían entregado al marqués.

Al día siguiente, cuando el prócer llamó a Elenita para que viese si estaban bien los programas y si éstos habían sido impresos todo lo artísticamente que requería la monstruosidad de la fiesta, la joven, mientras oía la lectura, estaba pensando :

—¡ Si me atreviese ! ¡ Si se lo preguntase ! Mientras no lo sepa con certeza no estoy tranquila...

Por fin se decidió.

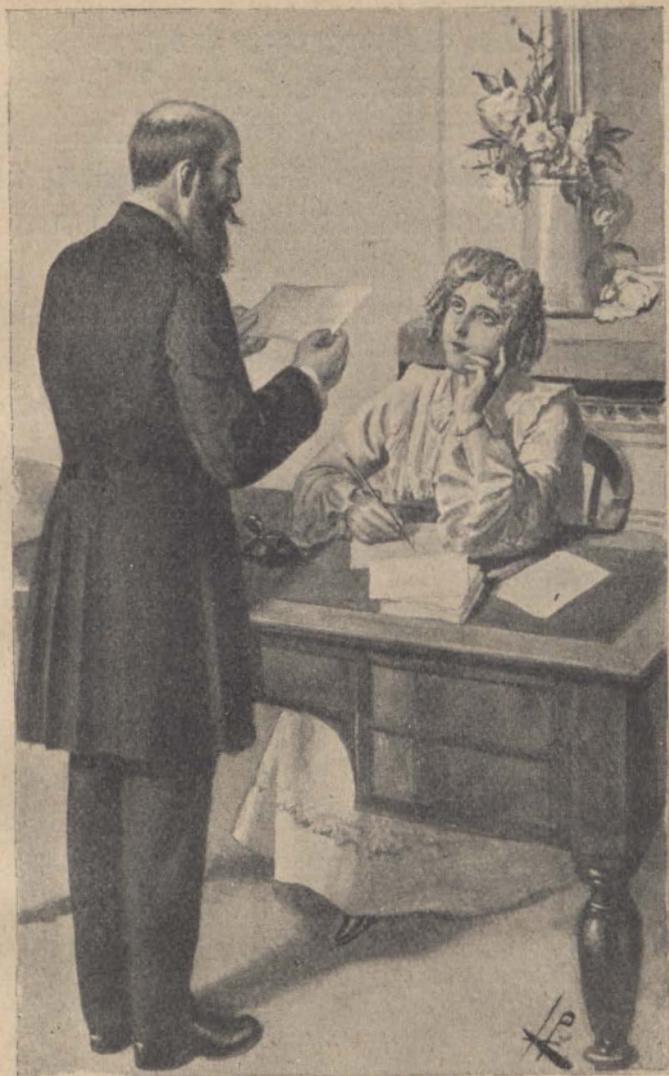
—¿ Me permite el señor marqués una pregunta ?

—Una y mil, hija mía.

—Gracias, gracias... ¿ Asistirá a la fiesta el príncipe Roberto ?

—Indudablemente. A no ser que sus múltiples ocupaciones de esta época se lo impidan... Por lo menos pienso invitarle. ¿ Tiene usted gran interés en que asista ? Usted misma puede escribir o dictar la invitación, una invitación que no admita excusas de ningún género.

—Es muy bueno el señor marqués. Mi interés consiste en que oiga una composición que le gusta mucho...



...la joven, mientras oía la lectura, estaba pensando: (Pág. 56.)

—¡ Ah! Un motivo más para obligarle a venir. Precisamente deseo halagar al príncipe. Han obrado ustedes admirablemente eligiendo algo que sea del agrado de tan poderoso señor. Les felicito con toda mi alma...

Cuando Elenita contó a Mario lo sucedido, casi lloraron de alegría.

¡ Oh! ¡ Si lograsen el efecto que ellos anhelaban!

¡ Aquel día sería el más dichoso de toda la vida!

VI

¡ Qué ocho días más largos ! Para Mario y Elenita fueron siglos, épocas de muchos siglos, como se cree que fueron los días de la creación del mundo. Sí ; épocas : tal era su impaciencia porque llegase el día de la fiesta.

Vista a través del cristal de esta impaciencia, la diminuta saeta que con rápidos saltitos, siguiendo su invariable derrotero va marcando el tiempo, en segundos, parece marchar con lentitud desesperante.

¡ Qué movimiento tan torpe y tan penoso !

¡ Si marchara siquiera tan de prisa como el pulso febril ! ¡ Por qué no atacará la fiebre a los relojes en algunas ocasiones ?

Pues... ¿Y la saeta que marca los minutos? ¡Ah! Hay que apartar la vista de ella. Parece que se ha dormido. ¿Estará el reloj parado? No, no; se oye el *tic-tac* claramente, distintamente; pero un *tic-tac* pausado, perezoso, agónico...

Y mirando al reloj, y viendo que el deseo, por vehemente que sea, no puede dar mayor impulso a la maquinaria, más velocidad a la marcha de sus saetas, ni alas al tiempo, el corazón sufre horriblemente.

Si no fuera por la paciencia, el corazón marcharía tan de prisa, que, rendido de cansancio, agobiado por la fatiga, caería muerto en la mitad de su carrera.

Pero con la paciencia todo se alcanza, como cantó Santa Teresa.

Mario y Elena, convencidos de que el tiempo sigue su marcha sin preocuparse de las alegrías o sufrimientos de los mortales, decidieron esperar resignados y trabajando.

Y llegó el día... Y también llegó la hora.

El gran salón parecía un ascua de oro: En el bruñido metal de las monumentales lámparas y de los candelabros; en los in-

numerables prismas de las artísticas arañas ; en el rico dorado de las sillerías y de los marcos de cuadros y espejos, lo mismo que en el pulimento de los lujosos muebles, brillaban, reflejándose centelleantes, multitud de luces como millones de estrellitas que daban al local aspecto verdaderamente fantástico.

Los marqueses fueron recibiendo con singular cariño a los invitados, la mayor parte de los cuales, por haber oído ya a los afamados artistas en el Royal, felicitaban a los próceres por su valiosa adquisición.

No se hizo esperar el príncipe Roberto acompañado de su esposa, la princesa Eulalia.

Cuando Mario y Elenita advirtieron su llegada, y ya de acuerdo con los marqueses, tocaron una marcha triunfal que satisfizo completamente a los invitados y en especial a los altos personajes a quienes iba dirigido aquel obsequio.

Fué una idea bien recibida que dió alientos a los jóvenes ejecutantes.

Cuando llegó el instante de dar princi-

pio al concierto, reinó en la sala el silencio más absoluto.

Al final de cada composición sonaban atronadores aplausos y seguían los más calurosos comentarios.

Las primeras notas de «Mimos de niña» produjeron en los oyentes una sensación de inefable dulzura.

Mario y Elenita ponían en la ejecución todas las ternuras, todas las delicadezas y exquisiteces de sus almas.

¿Era aquel salón una estancia del palacio o un rinconcito del cielo? ¿Eran unos jóvenes de carne y hueso los concertistas o eran unos querubines?

El mágico violín comunicaba a los corazones de los invitados un deleite paradisiáco.

En cuanto a los príncipes... ¡ah! éstos derramaban lágrimas. Creían oír a su hijita ejecutando al piano aquella bellísima, inimitable composición, con el primor de artista consagrado por la fama pública. Lloraban, pero nadie veía sus lágrimas; porque los demás concurrentes, subyugados por el encanto, tenían todos sus sen-



Mario y Elenita ponían en la ejecución todas las ternuras... (Pág. 62.)

tidos puestos en la divina música y en los prodigiosos ejecutantes.

Estos, abrumados por la ovación delirante, repitieron el precioso número, siendo llamados, al final, por el príncipe Roberto que, con los ojos nublados por las lágrimas, felicitóles efusivamente «de manera especial por el derroche de sentimiento en la ejecución de «Mimos de niña» y por haberle hecho saborear aquellas delicias que sólo su hijita había logrado hacer llegar hasta entonces a su corazón».

La princesa Eulalia besó a Elenita y el príncipe Roberto dió un abrazo a Mario, expresando el deseo de ver otra vez a los jóvenes en el saloncillo al terminar los bailables de la tercera parte.

Los dos hermanos, satisfechísimos, radiantes de alegría, tornaron a sus puestos.

—Tengo la seguridad de que hemos triunfado en toda la línea—dijo Elenita a Mario cuando se retiraban.

—Así lo creo...

—¡Qué alegría! ¡Si lo supiese mamá!

Y entre tanto, Laura, como presintiendo una plácida e imperturbable calma



...dió un abrazo a Mario expresando el deseo de ver otra vez a los jóvenes... (Pág. 64.)

tras la horrible tempestad que se había desencadenado sobre su corazón, estaba gozando de una para ella inexplicable felicidad.

Para que nada faltase a los invitados, y, en lo que a la servidumbre correspondía, conseguir que nadie notase deficiencia alguna, al mismo tiempo que daba órdenes trabajaba ella cuanto podía, iba de aquí para allá inspeccionándolo todo, hallándose casi al mismo tiempo en todas las partes como si tuviese el don de ubicuidad.

El entusiasmo dábale alas, comunicábale extraordinarias energías.

De cuando en cuando una nubecilla de tristeza velaba su rostro bondadoso y expresivo. Era el recuerdo de Abel. ¿Qué sería de su esposo? Ya tenía ella la certeza de que hasta entonces nada habríale faltado de lo necesario para la vida, porque Abel y Juan residían en una ciudad fronteriza de la nación vecina, ciudad en la que contaban con buenas relaciones.

¡ Si por lo menos escribiese alguna carta! ¡ Y si ella pudiese dirigirle una tan

sólo para darle cuenta del triunfo de sus hijos! ¡ Oh! ¡ Cómo gozaría su pobre esposo! ¡ Cómo endulzaría ella con detallados relatos sus amargas horas de emigración!

Laura no sabía por qué motivo; pero era lo cierto que aquella noche el recuerdo de su esposo no la entristecía tanto como otras veces. Verdad es que la satisfacción que le proporcionaban en aquellos momentos sus hijos era suficiente para dulcificar, para atenuar la pena más intensa y hasta para, momentáneamente al menos, eliminarla, disiparla, ahuyentarla...

Laura, mientras sus hijos tocaban, no tenía ánimo para asomarse al gran salón. Seguía ayudando a la servidumbre en los preparativos para el *lunch*.

Cuando Mario y Elenita preludiaban «El emigrado», Laura hallábase en el gran patio central, convertido en delicioso jardín. Estaba llenando de agua fresca las jarras, al pie del surtidor.

A través de los amplios ventanales y de las puertas de la severa galería, llegaban



Estaba llenando de agua fresca las jarras, al pie del
surtidor. (Pág. 66.)

hasta Laura los sonidos melodiosos y sentimentales del piano y del violín.

Laura quedó unos momentos inmóvil, conteniendo la respiración, absorta, extasiada, escuchando el remedo exacto, preciso de la dolorida y tierna lamentación de una alma atribulada, o la viril protesta de un ser violentamente separado del centro de sus amores, o la súplica, la oración humilde y fervorosa que sube al cielo en demanda de misericordia, o las melífluas frases de un resignado, o el grito alegre de la consoladora esperanza.

Laura sintióse reanimada con aquellas maravillosas expresiones de sus mismos sentimientos.

No ; no eran meros sonidos, simples vibraciones de la materia, frases musicales hábilmente combinadas.

En aquella música inimitable había algo más.

Ese algo poderoso que informa, que da vida a la palabra humana, brusca o dulce, atiplada o grave, violenta o reposada, para que no muera en las membranas auditivas del que escucha, dejando a lo más,

en su alma ecos agonizantes, sin fuerza ni valor; sino que llegue al corazón conmoviendo sus fibras y despertando en él afectos y pasiones, o matando esperanzas.

Laura vivió en unos instantes la vida de mucho tiempo.

Cuando terminó el concierto, abrazó muda, emocionada y llorosa a sus queridos hijos.

Su lengua no pudo balbucir una palabra. Pero sus ojos, sus lágrimas, la efusión de sus maternales abrazos, hablaron con grandiosa elocuencia.

Faltó muy poco a Mario y Elenita para revelar el secreto a su mamá. Pero aun tuvieron suficiente fuerza de voluntad para reprimir la vehemencia de sus deseos.

¡Cosas de jóvenes! Ellos ya lo sabían *todo...*

Pero... ¡Y la sorpresa?...

VII

El príncipe Roberto, terminada la fiesta, encontró en el saloncillo a los dos jóvenes.

—Estoy encantado de vosotros, amiguitos míos—díjoles con tanta familiaridad como dulzura—. Ahora pedidme un favor; que si está en mi mano el concederlo o alcanzarlo, desde luego lo tenéis concedido.

—Estamos seguros de que Vuestra Alteza puede labrar nuestra felicidad—dijo respetuosamente y tembloroso Mario—pero no nos atrevemos a... ¡Es un favor tan grande!...

—Vamos, vamos; creo que no será tan-

to como os figuráis. ¿Queréis ser ricos?
¿Queréis ser poderosos?

—Nada de eso, Alteza. Ni anhelamos riquezas, ni honores. ¡Sólo felicidad! Y esta consiste en... Vuestra Alteza puede fácilmente lograrlo.

—¿Fácilmente? Veamos, veamos...

—¡Que se nos devuelva nuestro padre!
—rompió, al fin, el joven concertista, dando un fuerte suspiro, como si se hubiera librado de un peso enorme.

—¿Vuestro padre! ¿Dónde está vuestro padre?

—¿Emigrado! Le perseguían.

—¿Su nombre?

—Abel Rougán...

—¿Abel Rougán! ¡Vosotros .. hijos de Abel Rougán! Pero... ¿sabéis ya por qué es perseguido?

—Por revolucionario. Pero... ¡es inocente! Lo juramos a Vuestra Alteza: ¡Es inocente! El no se ocupó jamás en otros asuntos que en la buena marcha de la casa de los condes de Cisterín de cuyos bienes era administrador.

—Pues bien, hijos míos; un príncipe

no falta jamás a su palabra. No pasará esta noche sin que yo haya conseguido la orden de su regreso. ¿Está lejos?

—En Z.

—¿Tenéis noticias recientes de él?

—Ninguna. Ni él escribe por no comprometernos, ni nosotros por guardar el secreto de su residencia.

—Marchad tranquilos. Mañana, en el tren de la tarde regresará vuestro padre. Este amor inmenso que le profesáis me satisface más aún que vuestro arte prodigioso. Id, benditos de Dios, y sed felices.

Y el príncipe quedó pensando:

—¡Si tan fácilmente pudiera yo traer desde el otro mundo a Emma!...

Y bien; ¿no es verdad que se violentarían mucho los jóvenes para no decir una palabra de esto a su madre?

¡Qué noche aquella tan larga! ¡Inmensamente más que cualquiera de las que precedieron al concierto!

Cuando alboreó el día, Mario y Elena ya estaban en pie, formando, dando los últimos toques a su plan.

¡Un plan verdaderamente pueril!

Dirían a su mamá que se vistiese para ir de paseo al Bosque de los Leones.

Elena la acompañaría y Mario esperaría a su papá en la estación.

¡ La sorpresa en el Bosque !

¡ Oh ! Ya tenía Mario tema fecundo para una obra musical.

A las seis de la tarde, y cuando Elena creyese próxima la llegada, se apartaría del sitio convenido, con pretexto de coger flores, dejando a su mamá sentada junto al poético arroyo.

Mario revelaría el secreto a su papá que, secundando los planes de sus hijos, avanzaría solo hasta encontrar a su esposa.

Esta creería soñar... daría un salto... y se arrojaría en los brazos de su esposo.

Y después... ¡ ah ! después aparecerían ellos riendo, aplaudiendo, y explicarían el enigma.

¡ Y todos contentos ! ¡ Y todos felices !

Laura aceptó el programa de la tarde. Tenía verdaderas ansias de respirar el aire del campo, de expansionar su ánimo en compañía de sus hijos. ¡ Y éstos necesita-



Laura saltó de su asiento y corrió a arrojarse a los brazos de su esposo. (Pág. 77.)

ban también distracción y descanso! ¡Trabajaban tanto! ¡Qué buenos eran! Cuando su padre supiese cómo se habían comportado lloraría de gozo.

Y todo sucedió como los jóvenes habíanlo dispuesto.

Cuando Elena lo creyó oportuno, dijo a su mamá:

—¡Quieres, mamaíta, estar aquí sentada un rato mientras busco flores para hacerme un ramillete?

—Lo que quieras, hija mía; pero no te alejes mucho. Mira que va a obscurecer pronto.

—No me apartaré, mamá. Las flores están cerca...

Y corrió, saltando como una cabrita juguetona, a ocultarse tras un macizo de arbustos, y a recoger las florecillas que por allí encontrase.

No habían transcurrido diez minutos, cuando Laura vió acercarse por el extremo de un gran claro entre los árboles, la silueta de un hombre...

Al principio tuvo miedo.

—Dios mío... ¡qué dirá! ¡Una señora

sola! ¡ Si al menos estuviese Elena a la vista!...

Así que el caballero estuvo cerca, Laura abrió desmesuradamente los ojos.

! — ¡ Dios mío!... ¡ Sueño?... ¡ Qué es esto?

Y con el pañuelo frotó sus ojos presumiendo que no veía bien.

Pero... sí; veía... ¡ veía! ¡ Era él!... ¡ El!

¡ Su Abel!

Laura saltó de su asiento y corrió a arrojarle a los brazos de su esposo.

Fué aquél un momento de emoción y poesía indescriptibles.

El arroyuelo cantaba entonces un himno de ternura, de amor, de felicidad...

Pronto aparecieron Mario y Elena que, al ver abrazados a sus dichosos papás, lloraron de emoción.

¡ Riñó Laura a sus hijos por haber callado tanto tiempo la verdad?

No; les colmó de besos y caricias.

¡ Más dicha? Sí; dicha completa.

Al día siguiente la familia Rougán habitaba nuevamente en su casa, y Abel se-

guía administrando los bienes del conde de Cisterín.

A los ocho días, y puesto que no resultó ningún cargo en la revisión del expediente, volvió Juan también de la emigración. Y tanto él como su esposa Adela bendijeron a Dios por tanto beneficio, y por haberles dado unos sobrinos tan buenos, como Mario y Elena.

* * *

Y cuando se reunieron todos para celebrar la felicidad y la libertad perdidas, Elena le dijo a su hermano :

—Mario, deseo que nuestros papás y nuestros tíos conozcan los medios de que nos hemos servido para conseguir su libertad.

Y sentándose Elena al piano y tomando Mario el violín, ejecutaron «Mimos de niña» de un modo tan prodigioso, que Abel y Laura lloraron de emoción.

FIN



BIBLIOTECA SELECTA

Los volúmenes de esta biblioteca, magníficamente ilustrados con numerosas ilustraciones en negro y cuatro cromotipias, pueden distribuirse como premios en los colegios de niños, tanto por su baturra, por el lujo de la impresión, belleza de los grabados en negro y en colores y la bonita encuadernación, como por lo sano e instructivo de su lectura.

VOLÚMENES PUBLICADOS

1. El molino de los Pájaros.
2. Corazones dormidos.
3. Flores de juventud.
4. La vanidosa Alicia.
5. El espadachín.
6. El heredero.
7. La fuerza del bien.
8. El sueño de Pepito.
9. Juegos y hazañas de animales.
10. Cuentos de Andersen (tomo 1.º).
11. Cuentos de Andersen (tomo 2.º).
12. La cabaña del tío Tom.
13. Robinsón.
14. El teatro de los animales.
15. Verdades y fantasías.
16. Mimes de niña.
17. El instinto de los animales.
18. El amor y la guerra.
19. El premio gordo.
20. Un ministerio de animales.
21. La pícara vanidad.
22. Un Charlot del mundo animal.
23. Un experimento del doctor Ox.
24. Un drama en los aires.
25. Por mentir.
26. Rosina.
27. Paquito el explorador.
28. Desconocida aventura de Teresa Panza.
29. El Angel.
30. Ib y Cristina.
31. El último sueño del roble.
32. El cofre volador.
33. El tío «cierra el ojo».
34. La virtud del borrico.
35. Fábulas de Iriarte.
36. En otros tiempos.
37. La campana.
38. Los forzadores del bloque.
39. Una ciudad flotante (primera parte).
40. Una ciudad flotante (segunda parte).
41. Miguel Strogoff (1.ª parte).
42. Miguel Strogoff (2.ª parte).
43. Las Indias negras (1.ª parte).
44. Las Indias negras (2.ª parte).
45. El rigor de las desdichas.
46. Los huevos de Pascua.
47. La guirnalda de flores.
48. La paloma.